

LA RELIGION EN LA TIERRA DE LOS VASCOS

Félix Placer Ugarte

En el estudio y conocimiento de la prehistoria e historia de Euskal Herria el fenómeno religioso es una inevitable e imprescindible dimensión sociocultural para comprender su devenir como pueblo. A lo largo de prolongados periodos, la religión ha relacionado a sus gentes, ha elaborado mitos y creencias de formas diversas, ha expresado profundas convicciones identitarias, también ha generado conflictos y enfrentamientos.

En este trabajo, que sintetiza una investigación más extensa¹, trato describir cómo ha sido y cuál es hoy su incidencia en la vida, en la trayectoria histórica, en la identidad, en la conciencia colectiva de los vascos. Para ello y por medio de una aproximación diacrónica analizo su evolución a lo largo de las diversas épocas prehistóricas e históricas de Euskal Herria. El resultado muestra, a mi entender, una compleja variedad y pluralidad religiosas dentro de una identidad mantenida.

Al hablar de religión no me refiero tan sólo a la católica -religión dominante y absorbente en el último milenio- sino al conjunto del proceso religioso vivido en Euskal Herria. La historia, la antropología, la etnología, la sociología, la fenomenología nunca han dado una definición acabada y rotunda de este fenómeno de la humanidad, que comienza, de alguna manera, en los orígenes de sus emociones conscientes, expresadas en su pensamiento mítico, y llega hasta hoy. Esas ciencias han descrito sus aspectos, rasgos y funciones, destacando sus características evolutivas y diferenciadas. No podemos partir, por tanto, de un concepto de religión apriorístico, predeterminado.

Desde estas diversas perspectivas científicas entiendo la religión, por tanto, como un hecho humano complejo y específico que engloba un sistema de creencias, de prácticas, de símbolos y ritos, de estructuras sociales en las que personas y pueblos -en nuestro caso, Euskal Herria- se relacionan con lo que consideran sagrado. Al hablar de religión o religiones² en nuestra cultura analizo, por consiguiente, aquellos convencimientos y prácticas georeligiosas, en este caso de nuestro pueblo, que responden a preguntas humanas fundamentales: ¿De dónde procede el mundo y su orden según la mentalidad primitiva de los vascos? ¿Cuál fue el significado de la vida, de la muerte y del universo, de nuestras mismas relaciones humanas y cómo ha evolucionado en el tiempo? ¿Cómo comprender lo trascendente, lo desconocido? ¿Cómo relacionarse con los ‘misteriosos’ fenómenos de la naturaleza, con los seres que la pueblan, y con aquellos que han muerto? ¿En qué sentido esas creencias están ligadas a su autocomprensión e identidad como pueblo? Desde estas cuestiones de búsqueda del sentido de la existencia y comprensión del mundo han surgido y se han elaborado en el tiempo religiones muy diferenciadas, entre ellas la religión o religiones de los vascos con sus distintas expresiones socioculturales, sus mitos y símbolos.

Estamos, por tanto, ante un proceso religioso diacrónico, evolutivo, que discurre y va cambiando en el tiempo, semejante a un río que atraviesa los territorios y es diferente según los terrenos que surca y los afluentes que penetran en su cauce. Mi intención consiste en observar y presentar sus complejas y milenarias corrientes. "Liburu ausarta", al entender

· Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz

¹ PLACER UGARTE, F. *La religión en Euskal Herria. Mitos, creencias e identidad en el tiempo y en la tierra de los vascos*, Tafalla, Txalaparta, 2010.

de Paulo Agirrebaltzategi en su *hitzostea* o epílogo de mi libro³, ya que pretendo seguir su trayectoria a través del devenir de los siglos, navegando por sus aguas, mojándome en ellas por supuesto, procurando no naufragar en el empeño. Para ello y a fin de evitar escollos e interpretaciones interesadas, he intentado ser crítico con las diversas formas de religión, especialmente con la más dominante en el tiempo y en el espacio: la cristiandad.

En los orígenes míticos de Euskal Herria

En este largo recorrido religioso, donde se entremezclan aguas unas veces tumultuosas, otras más tranquilas, siempre complejas y cargadas de sentidos divergentes, parto de la constatación de que los oscuros orígenes del sentimiento religioso e identidad de las gentes del Pueblo Vasco son profundamente míticos.

Los mitos son el esfuerzo consciente más importante de la época prehistórica por la que nuestro pueblo comienza a adquirir conciencia identitaria. Son relatos, cargados de sentido, que expresan convicciones religioso-culturales. Constituyen un salto gigantesco en el tratamiento de la inteligencia para la humanidad a fin de comprender el cosmos y la convivencia social, como afirman J.M. Satrustegi y J.I. Hartsuaga⁴. En ellos o a través de ellos expresan su cosmogonía, su visión específica del mundo, de la vida, de la muerte, del tiempo, su propia autocomprensión.

Estos mitos primitivos se relacionan, se religan en un paradigma sagrado donde, en el caso vasco, *Ama Lur* da sentido y vida a todas las cosas, personificada en *Mari* y simbolizada en la *etxe* y su *etxeakoandre*. De ella provienen las míticas *amandreak* (abuelas): *eguzki* (sol) e *illargi* (luna).

Dentro de esta religión animista, sus gentes viven, se identifican, se comunican, se relacionan en su territorio, en sus montañas, con la naturaleza, con la vida y con los muertos. Esa experiencia mítica se genera y elabora en su lengua original, propia, identitaria y creativa. Ser vasco es ver el mundo de una manera determinada, cuya intuición más profunda es el vacío (*huts*) que el escultor vasco Jorge Oteiza plasmó en Arantzazu, núcleo expresivo de su experiencia espiritual y de su comprensión de la identidad vasca.

Los mitos y símbolos vascos afectan a todas las dimensiones de la convivencia popular y de la naturaleza, expresando las concepciones básicas de sus relaciones mutuas. La diosa vasca (*Mari*), la tierra (*Ama lur*), los habitantes de los bosques (*basajaun*, *basandere*, *olentzero*...), los genios benignos y malignos (*lamiak*, *sorgiñak*, *herensuge*...), los señores del cielo (*Urtzia*, *Odei*, *Eguzki*, *Illargi*, ...), son personajes míticos donde está contenida la dimensión religiosa de su identidad étnica, expresada en mediaciones rituales para congraciarse con esos seres, para pedir su protección y defensa, para conseguir una vida próspera y en paz.

No sabemos cuándo se formaron y cómo han sobrevivido muchas creencias y prácticas antiguas, a las que a lo largo del tiempo se les ha cambiado nombre y sentido, ya que los mitos y símbolos son vivos, dinámicos, evolucionan, se adaptan, se transforman, tienen muchas caras y versiones, lecturas. Así, por ejemplo, con el paso del tiempo, la religión cristiana inculturizó al genio pagano invernal *Olentzaro* como mensajero del 'Sol de Justicia', Jesús. San Juan personificó los mitos del solsticio del verano. La religión cristiana encontró, pues, terreno abonado para su penetración cambiando el sentido y suplantando mitos religiosos vascos prehistóricos.

³ *La religión en Euskal Herria*, o.c. pp. 221-231.

⁴ *Mitos y creencias*, San Sebastián, Argitaletxea, 1983; HARTSUAGA, J.I. "Euskal Mitologia", en *Hemen*, 26

José María Satrustegi⁵ diferencia tres tipos de mitos elaborados por la experiencia, la conciencia y lengua vascas: ‘cosmogónicos’, que explican la cosmovisión primitiva de los vascos; ‘personajes míticos’ que regían la naturaleza y ‘héroes culturizadores’ que trajeron a Euskal Herria alimentos básicos y tecnología de los metales. Dentro de esta tipología se clasifican los abundantes mitos recogidos por José Miguel de Barandiaran⁶.

La tierra (*Ama Lur* y sus habitantes), el euskera, su religión mítica son los tres referentes antropológicos de Euskal Herria, cuya interrelación fue muy diferente en el discurrir del río religioso a través de los siglos. Cada periodo descubre en qué forma se ha ido viviendo la relación que va conformando a este pueblo en su espacio y en su historia.

En este prolongado tiempo, de compleja aproximación, se establece una honda coherencia y especificidad en la identidad vasca. Subrayo, en primer lugar, su comprensión mítico-sagrada, animista, matrial, convivencial, íntimamente arraigada en su *Ama Lur*. Sin pretensiones conquistadoras ni invasoras, los vascos viven en su tierra. Atravesada por pueblos diversos, a cuyos mitos es permeable, asume algunos de ellos y utiliza también técnicas nuevas, por ejemplo de la civilización romana, pero manteniendo su idiosincrasia identitaria. Su símbolo mítico principal es *etxea* (la casa) donde perviven las raíces míticas más primitivas de las cavernas. *Etxea* es portadora de la tradición familiar y lugar de funciones religiosas irrenunciables: tiempo-espacio de relación de vivos y muertos, templo y cementerio, lugar del fuego protector del hogar. Institución de carácter económico, social y religioso, integrada por una familia extensa, mantenía su comunión con los antepasados cuyas sepulturas se situaban en la huerta de la casa. Por ello es espacio sagrado en referencia a los muertos; la sepultura de la casa pasó más tarde a la iglesia, en el *jarleku*, lugar de asiento para la *etxeoandre*, cuyo cuidado le correspondía; esta sepultura ha sido considerada como prolongación de la casa y parcela integrante e inseparable de la misma, reservada a la familia.

La *etxeoandre* es la responsable del culto doméstico. Ella bendice la casa y a sus moradores, incluido el esposo, con la candela del día de la candelaria. El cuidado del fuego sagrado está encomendado a la mujer, así como el cultivo de la "baratza/ortua". En la casa vasca es la encargada de la relación con los antepasados de la familia, con el mundo de la trascendencia y de la religión.

Desde estas constataciones míticas se comprueba cómo la cultura autóctona vasca ofrece una clara impregnación 'matrial' (concepto propuesto por A. Oz. Osés⁷ para evitar malentendidos matriarcales). En la mitología vasca aparece *Ama Lur* personificada tal vez, en la gran diosa madre *Mari* y reflejada en la figura prototípica de la *etxeoandre* de donde deriva el aprecio y respeto hacia lo matrial-femenino en el inconsciente colectivo vasco y el carácter específico de su religión, anterior a las influencias indoeuropeas de la cultura agrícola del neolítico⁸.

Un aspecto básico en la conformación identitaria de los vascos es su lengua. Posee una función fundamental: *Izena duen guztia, omen da* (todo lo que tiene nombre existe). Así lo afirma el euskera, cuya existencia, por cierto, parece indiscutible desde el paleolítico superior entre el Garona y el Ebro, en Aquitania y desde Cantabria hasta Lleida⁹. Partiendo de un paleo-vasco o eusko-aquitano del que procede nuestro euskera actual, influenciado por otras lenguas (celta, ibérico y, luego, latín) en sus nombres y morfología, la lengua de Euskal Herria no perdió en aquellos tiempos, sus características propias e irreductibles a

⁵ O.c.

⁶ *Mitología vasca*, San Sebastián, Txertoa 2011.

⁷ *Los mitos vascos. Aproximación hermenéutica*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2007.

⁸ ORTIZ-OSÉS, A. *Los mitos vascos. Aproximación hermenéutica*, Bilbao, Univ. Deusto, 2007;
HARTSUAGA, J.I. *Euskal mitologia konparatua*, Donostia, Kriselu, 1987.

ninguna otra, ni su implantación generalizada en su territorio, como forma de relación y comunicación identitarias y de estructura de pensamiento. El euskera, por ello, es referente ineludible como expresión básica, mito fundamental y permanente portador y símbolo de la identidad cultural vasca; lengua de su historia, en la que hablar es hacer palabras *-hitzegin-*, creadora por tanto de libertad, innovadora y liberadora de un Pueblo al que el euskera constituye y donde se autorenewa porque *euskara hil ezker ez nuke nahi bizi*. Euskal Herria es el País del euskera y de sus gentes. Y hoy la *Korrika* -"ritual de la lengua en el espacio"¹⁰-, el *Araba euskeraz, Kilometroak, Nafarroa oinez, Herri urrats,*... son expresiones simbólico-míticas de ese sentimiento y convicción ancestrales.

Por fin, la religión primitiva más profunda, original y mítica es identificadora del Pueblo: sus signos religiosos le representan como tal y, al mismo tiempo, es generadora de convivencia tanto con los poderes naturales como entre las personas.

Así Jorge Oteiza¹¹ relaciona la religiosidad estética con la intimidad vasca. Esta relación, afirma, procede de la "creación estética del cromlech vasco cuyo sentimiento fuerza quiere traducir religiosamente". Para Oteiza el pastor vasco es "el verdadero constructor de nuestra conciencia... y el que traduce la primitiva religiosidad... descubre el propio yo y visualiza la idea absoluta de Dios en el cromlech". En su relación con el vacío (*huts*) y silencio es donde el hombre primitivo vasco "descubre su espíritu y se ampara en esa confianza, transforma sus ideas religiosas, enriquece su idioma y entra en un comportamiento de su vida, natural". Desde ahí establece una relación entre *Urtzi* (Dios como firmamento) y *huts*. Ser vasco es ver el mundo de una manera determinada cuya intuición más profunda es ese vacío que este escultor vasco plasmó en Arantzazu, núcleo expresivo de su experiencia espiritual.

La religión, como religación con la tierra y sus divinidades, tiene además directas funciones ecológicas protectoras contra las adversidades cósmicas y garantiza fecundidad. Esta perspectiva que expresa la intensa relación con las hierofanías cósmicas y la naturaleza, en sus diversas facetas, ciclos, ritmos y movimientos se muestra, dentro de la experiencia religiosa, como mediación simbólica y manifestación de lo sagrado. Por eso la religiosidad del pueblo vasco requiere espacios abiertos, contacto con la vegetación, con la tierra, con los fenómenos celestes. Lo sagrado toma cuerpo en ese medio cósmico natural. No es que el hombre adore el sol, la luna, ni los ciclos cósmicos. Los considera sagrados porque revelan la realidad última. Para el hombre rural tradicional todo lo que tiene un significado y se refiere a la realidad absoluta tiene un valor sagrado.

Euskal Herria entra en la historia

La penetración romana es el eslabón que une la prehistoria con la historia vasca. Este importante periodo tiene dos épocas religiosas. La primera está encuadrada en la parcial dominación romana del territorio de los vascos antes de que el cristianismo se oficializara en el imperio. La segunda inicia lo que se conoce con el nombre de 'cristiandad'.

Con la invasión de los ejércitos romanos en la península ibérica, las guerras púnicas (264-201 antes de nuestra Era) y expulsión de los cartagineses (100 a.e.), los romanos se instalaron definitivamente en *Hispania* (denominación geográfica) durante el s. I de nuestra era. Entramos, por tanto, en la historia -contada por otros- de algunos aspectos de

¹⁰ DEL VALLE, T. *Korrika: Basque Ritual for Ethnic Identity*. University of Nevada Press, 1994; XAMAR, *Orhipean. El país del Euskara*, Iruñea, Pamiela, 2005.

¹¹ OTEIZA, J. *Quousque tandem*, Pamplona, 1993.

los vascos donde la incidencia romana tanto política, económica y social, como cultural en Euskal Herria fue notable.

Según los escritores romanos, *Vasconia* (nombre romano) se extendía sobre ambas vertientes de los Pirineos occidentales, y la componían cinco tribus: aquitanos, vascones, várdulos, caristios, autrigones. Los aquitanos eran los más numerosos habitando desde Burdeos hasta Baiona.

La incidencia cultural romana fue importante como lo testimonian, por ejemplo, los múltiples hallazgos arqueológicos en las zonas mediterránea y cantábrica y, menor, en el llamado *saltus vasconum* dada su montañosa orografía. Aunque su influjo desapareció cuando sucumbió el imperio, quedaron restos diversos pero significativos en el euskera y en la tecnología agrícola; también se mantuvieron estructuras socio-culturales y económicas romanas, pero sin que desaparecieran las autóctonas, así como su lengua, costumbres, creencias que perduraron y se fortalecieron después de la romanización.

La aculturación romana tuvo también un cierto influjo religioso, dentro de su tolerancia, entre los vascos. Quedan abundantes restos arqueológicos, sobre todo en Alava y Navarra, donde se han encontrado abundantes estatuillas de bronce, mosaicos y estelas discoideas. Es interesante destacar la gran cantidad de deidades de etimología vasca que se hallan en torno a los Pirineos y que aparecen en inscripciones latinas: *Aherbelste Deo*, *Alar*, *Arixo Deo*, *Astolluno Deo*, *Anderexo*, *Erge Deo*, *Hercules Ilun Andos*, *Iluno Deo*, etc., y hasta más de 70 nombres hallados en inscripciones y topónimos referentes a creencias religiosas vascas a través del culto romano. Muchos de estos vestigios y lugares fueron 'cristianizados' más tarde, en la época visigótica, implantándose ermitas, santos, iglesias¹².

Pero se debe advertir la diferencia profunda de significaciones religiosas entre vascos y romanos. Eran dos paradigmas religiosos opuestos. La religión de los habitantes de Euskal Herria se caracterizaba, por su sentido telúrico y arraigo a la tierra; sus divinidades eran protectoras de un pueblo sin diferencias. La religión romana, por el contrario, poseía en su panteón toda una jerarquía de divinidades celestes, dominantes. Era el reflejo de su sociedad e imperio donde el mismo César era un dios. Protegían no al pueblo, sino a sus dominadores y señores y sus privilegios. Sus mismos dioses les impulsaban a conquistas imperiales. Su identidad era, por tanto, expansiva e invasora. Su organización social reflejaba sus creencias religiosas. Las divinidades eran el modelo de su estructuración y relaciones político-sociales, basadas en la desigualdad y sometimiento. No parece que tal ideología imperial romana tuviera influencia determinante en la mentalidad religiosa vasca, aunque se dieran una cierta ósmosis y sincretismo religioso-político¹³.

La extensión del imperio romano tuvo influencia decisiva en la introducción del cristianismo y aunque su presencia no fue factor de cristianización¹⁴ de forma directa, sin embargo encauzó su progresiva, aunque lenta implantación -que algunos interpretan como forma de romanización- a partir del s. III/IV en los núcleos urbanos vascos (Pamplona, Calahorra...).

Edad Media: La cristiandad en el País de los vascos

Fue a lo largo de la edad media cuando ocurrieron cambios decisivos en la estructuración de Euskal Herria que pasó de su fragmentación en las tribus primitivas a ser un

¹² JIMENO,R. *Orígenes del cristianismo en la tierra de los vascones*, Pamplona, Pamiela, 2003.

¹³ "Euskal erlijiotasunaz zenbait burutapen historiko", en *Hemen*, 24 (2009) 7-22.

¹⁴ AZKARATE,A. *Arqueología cristiana de la Antigüedad tardía en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya*, Vitoria,

‘Estado’¹⁵, situado geopolíticamente en un eje estratégico para los intereses de otros pueblos e imperios. A lo largo de este periodo, el acontecimiento más significativo en Euskal Herria, desde el punto de vista de la religión, lo constituye la penetración del cristianismo. Las corrientes del río religioso vasco que discurrían por montañas y valles, cargadas de mitos y ritos prehistóricos van a sufrir una profunda transformación. La cristiandad invadirá con sus poderosas corrientes las aguas de la cultura y conciencia colectiva vascas, provocando importantes alteraciones no sólo en el campo religioso, también en el cultural, social y político. Su identidad, en consecuencia, se verá afectada en las formas en que se expresará y afianzará como nación soberana. Esta época compleja y prolongada será decisiva, por tanto, para la configuración global del Pueblo Vasco. Estamos ante una larga y azarosa historia religiosa que nos conducirá hasta el final político del Estado vasco.

Si durante la romanización pervivió la religión vasca primitiva, arraigada en la mentalidad popular, tampoco parece que resultó fácil la penetración inculturadora del cristianismo a lo largo de la edad media. Los llamados 'vestigios' o 'restos' de paganismo no fueron marginales, como algunos historiadores afirman. Se mantuvieron creencias y ritos ancestrales a pesar de que los concilios visigóticos de Toledo, entre los siglos VI y VII, insistieron en su erradicación. Su oposición notoria a la invasión visigoda les acarreó fama, extendida por los cronistas visigodos y francos, de *turba nefanda*, de bárbaros y paganos por sus costumbres, lengua, latrocinios y asaltos. Ejemplo de esta resistencia son las ausencias (con excepciones) de los obispos de Pamplona a los citados concilios¹⁶.

La edad media en Euskal Herria es, de todas formas, un periodo progresivamente dominado por la influencia religiosa de la cristiandad. Asentada en Europa a través de los sucesivos imperios y reinados a lo largo de la alta edad media, sin embargo hasta los siglos IX-X no abarca todo el territorio euskaldun.

Formado el 'estado vasco'¹⁷, con los reyes navarros, se mantiene la identidad política dentro de la órbita de la cristiandad a lo largo de siete siglos, no exentos de graves conflictos y turbulencias. El Reino de Pamplona, luego de Navarra, alcanzó su máxima extensión y prestigio con Sancho Garcés III el Mayor, 'señor de los vascos' (1002-1035), dentro del sistema religioso-político de la cristiandad: *Ego Sancius, clementissima omnipotentis dignatione rex*. Contribuyó a abrir el territorio de Euskal Herria a las influencias europeas a través del camino de Santiago que reforzó y reformó. Impulsó la implantación de la reforma benedictina, iniciada en San Juan de la Peña (s.XI) y luego en Iratxe (s. X) y San Martín de Albelda. Convocó el concilio de Pamplona en 1023, restaurando la sede iruñesa con la intención también de constituir una metrópoli católica en Pamplona, pero que fue impedida por los reinos vecinos.

Como síntesis de esta época se constata que el anuncio del evangelio a los vascos vino mediatizado primero por un cristianismo romanizado y luego visigótico, impulsor de la cristiandad donde política y religión amalgamaban toda una ideología teológico-teocrática en la que reino de Dios equivalía a imperio y sometimiento al papado. Era el gran mito invasor de pueblos y culturas que no dudaba en propagar una teología favorable a la guerra contra los musulmanes que ponían en peligro la cristiandad. Esta 'teología política' convenía a todos los que ostentaban el poder civil y eclesiástico (obispados, monasterios) para legitimarlos y extenderlos. Euskal Herria sufrió esa intromisión dominante. Su exponente más significativo fue el periodo del dominio visigótico-franco al que los vascos

¹⁵ URZAINQUI, T. *Navarra, estado europeo*, Pamplona, Pamiela, 2004.

¹⁶ URZAINQUI, T. “Entre la Iglesia nacional y las fragmentaciones eclesiásticas tras las conquistas”, en *Herria 2000 Eliza* 236 (2012), pp. 11-15.

no se sometieron, enfrentándose a su religión política y mereciendo las consiguientes condenas eclesiásticas.

Es indudable la total implantación del cristianismo a lo largo de la edad media en Euskal Herria que quedó enmarcada en el ámbito de la cristiandad social y política. Sin embargo aunque la cristiandad intentó suprimir o suplantar todo tipo de creencias míticas paganas, se constata en este periodo la persistencia de una religión proveniente de etapas anteriores y no absorbida por la cristianización: un "cripto-vasconismo" resultante de la yuxtaposición de la nueva religión y de los ritos ancestrales o, incluso, una cierta oposición a las nuevas formas religiosas introducidas en Euskal Herria. Varios historiadores -A. Mañaricua, J. Caro Baroja, A. Azkarate, R. Jimeno, I. Bazán, K. Larrañaga- se refieren a "restos de paganismo", a un "larvado paganismo", al "mundo de las supersticiones" y, a la pervivencia de viejas creencias y rituales paganos. Barandiaran afirma la permanencia de "vestigios de los tiempos pasados"¹⁸. Los mitos de *Kixmi* y *basajaunak* expresan ese conflicto entre modelos verticales, jerárquicos, dominantes, frente a un pueblo que vivía relaciones de igualdad, participación, horizontalidad en su tierra compartida.

Agustín Azkarate¹⁹, apoyado en indicios documentales y etnográficos, prueba que durante la tardoantigüedad tardía perduraron hábitos no cristianos hasta fechas avanzadas del medievo. Julio Caro Baroja²⁰, aun subrayando la importancia preponderante de la ortodoxia católica en la edad media entre los vascos, relata con amplitud la permanencia de múltiples creencias, mitos y ritos primitivos, calificados como supersticiones, arraigadas en la conciencia colectiva de los vascos, suplantadas por rituales cristianos.

En la impetuosa corriente de la cristiandad de la edad moderna

Los hechos religiosos más relevantes de esta época están contextualizados por la unidad político-cristiana impuesta por los Reyes Católicos -con la expulsión de musulmanes y judíos- y afianzada por Carlos I y Felipe II. Esta política, corroborada con bulas papales, puso fin al Estado vasco, invadido por Fernando el Católico con los ejércitos capitaneados por el Duque de Alba (1512), a pesar de la resistencia del Reino de Navarra en las batallas de Noain (1521) y Amaiur (1522) y luego de Irún y Hondarribia (1524). Siempre con el beneplácito y apoyo de la Santa Sede, se instauró la unidad bajo la corona de Castilla con el juramento de fidelidad prestado al soberano invasor, avalado por la plana mayor del episcopado. Culminaron de esta manera los intentos unificadores iniciados y conseguidos por la corona castellana con sucesivas guerras y pactos a lo largo de la edad media.

En la edad moderna Euskal Herria es un país cristianizado en su totalidad. Desde la ciudad hasta el *baserri* no hay rincón donde la incidencia y control eclesiásticos no se dejen sentir y vivir. Pero en esta época los nuevos rumbos en las ideas y la cultura, así como la configuración política y socioeconómica van a promover decisivos cambios religiosos en Europa. Euskal Herria no deja de ser sensible a esta nueva situación cultural y política, sobre todo en Iparralde, a lo largo del s.XVI, con la reina Margarita de Navarra, gran humanista. En aquel contexto surge el importante movimiento de escritores en lengua vasca.

En Hegoalde, sometida ya a los intereses de España se afianza el conservadurismo tridentino dentro de un dominante costumbrismo donde persistían en la cultura y

¹⁸ "Rasgos de la mentalidad popular vasca", en *I Semana de Antropología Vasca*, Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Zalla, 1971.

¹⁹ O.c.

mentalidad populares sentimientos y convicciones míticas expresadas de formas diversas en ritos, celebraciones, fiestas.

La Inquisición se encargó, con toda crueldad e injusticia, de perseguir y castigar a quienes mantenían en ambos territorios mitos y ritos, costumbres ancestrales, consideradas sospechosas de brujería y superstición. La política de ‘unidad’ española no podía tolerar aquellas expresiones disidentes. Había conseguido extirpar a moros y judíos. También los vascos y sus creencias fueron objeto de la persecución inquisitorial. En definitiva, la Inquisición española, a partir del s. XVI, fue un instrumento político, agente eficaz de centralización y control, estandarte contra el particularismo de los fueros, contra la identidad, conciencia y sentimientos vascos.

Por tanto, durante la edad media y moderna de Euskal Herria, se constata la decisiva incidencia de la Iglesia católica en la configuración de una sociedad tradicional y unidad política dentro de la cristiandad, especialmente dominante en la época de la Inquisición y siempre controlada por la institución eclesiástica. Fue constitutivo básico de una convivencia social atravesada por múltiples conflictos políticos y económicos en los que la jerarquía eclesiástica contribuyó a fortalecer las posiciones conservadoras del orden establecido en el Antiguo Régimen a lo largo de la edad moderna.

La edad contemporánea: religión y conflictos en Euskal Herria

Todo este periodo está atravesado por la incidencia del factor religioso que, junto a otras circunstancias, ha influido de forma significativa en los principales acontecimientos de Euskal Herria. Los comienzos de la edad contemporánea en el siglo XIX tienen importancia decisiva para explicar la historia reciente de Euskal Herria, así como su evolución religiosa. Es una época marcada por el paso del Antiguo al Nuevo Régimen y por los cambios sociales, económicos, políticos y culturales de la modernidad ante los que los vascos se posicionaron de formas diversas, especialmente durante las guerras carlistas y luego en el nacionalismo. Su mentalidad y posturas conservadoras supusieron un choque importante con las nuevas tendencias modernas donde, como afirma José Ignacio Tellechea²¹, "el factor religioso será elemento primordial en la grandes contiendas decimonónicas, ideológicas o de lucha armada. No podemos entender los conflictos de s. XIX sin tener en cuenta la herencia recibida de la época anterior. La unidad religiosa fundamental que configuró el pasado reciente de nuestro pueblo se verá sometida a quiebras y se verá obligada a afrontar con dificultad situaciones nuevas en muchos órdenes".

Las guerras carlistas y el carlismo en general, implican múltiples lecturas e interpretaciones históricas. Para unos fueron ‘auténticas guerras nacionales vascas’; para autores liberales significaron la defensa de la religión y del absolutismo y para otros, una reacción de la oligarquía reaccionaria. En todo caso, como indica Mikel Sorrauren²², las transformaciones que se dieron en el mundo occidental alcanzaron nuestro territorio, y el tránsito del Antiguo Régimen a la modernidad se vivió en medio de la guerra, la rebelión y la llegada de nuevos modos de sociabilidad y trabajo.

En la sociedad precapitalista de la época carlista se marcaron ya las diferencias entre una burguesía liberal minoritaria partidaria del centralismo, con excepción de los liberales vascos moderados, y una población rural, en su mayoría, defensora ardiente de los Fueros

²¹ TELLECHEA, J.I. y otros, "Historia de la Iglesia en el País vasco", en AA.VV, en *Euskal Herria. Historia eta gizartea. Historia y sociedad I*, Mondragón, CLP, 1985.

²² *Historia de Navarra, el Estado Vasco*, Pamplona-Iruña, Pamiela, 2ªed. 2008.

y del carlismo con su específico componente religioso-clerical. Determinados clérigos y ultraconservadores carlistas proclamaban la maldad de los enemigos de Dios que eran los liberales, quienes además se enriquecían con los despojos de la Iglesia esquilada de sus bienes por la desamortización. La intrincada trama de las confrontaciones armadas carlistas influirá notablemente en el proceso posterior y en la misma configuración del nacionalismo vasco, así como en las posiciones de una Iglesia dominada por una mayoría clerical, conservadora, tradicionalista o integrista y hasta beligerante, según los casos, en lo doctrinal, en lo moral y en lo político. La institución eclesiástica trató de mantener sus privilegios de prestigio y autoridad en medio del pueblo, apostando por el carlismo que mantenía en su política esas aspiraciones clericales, garantizaba la doctrina conservadora de la Iglesia en lo moral y en lo social y aseguraba su defensa contra las influencias liberales y ante la modernidad.

Fue precisamente en esta época cuando se erigió -a pesar de cierta oposición centralista- la diócesis de Vitoria (con Bilbao y San Sebastián). Hasta entonces y desde la desaparición de la diócesis de Armentia (s. IX-XI), Bizkaia y Araba habían pertenecido a Calahorra; Gipuzkoa, a Pamplona. Aunque prometida ya en 1522 por Adriano VI, nombrado papa en Vitoria, la creación de la diócesis vascongada debió esperar más de tres siglos hasta que a raíz del Concordato de 1851 entre España y la Santa Sede y a petición de las instituciones forales vascas y de sectores eclesiásticos, fue constituida por Pío IX, el 8 de septiembre de 1861, y creada como tal el 28 de abril de 1862, fiesta de San Prudencio.

Las reticencias y quejas políticas centralistas ante la nueva diócesis no cayeron en saco roto y los obispos, nombrados con el control de Madrid, fueron de marcado talante españolista tanto en Vascongadas como en Navarra. Los sucesivos obispos de la nueva diócesis, garantizaban la fidelidad constitucional y monárquica contra nacionalismos emergentes, dentro del catolicismo conservador refrendado en el concilio Vaticano I.

En el contexto del concilio Vaticano I

Los difíciles tiempos políticos y los profundos cambios culturales e ideológicos (modernidad, liberalismo, marxismo) por los que atravesaba la sociedad europea en aquella época preocupaban y angustiaban a una Iglesia que veía peligrar su prestigio y poder en la cristiandad con la pérdida de los Estados Pontificios. El Vaticano I (1869-1870) fue convocado por el papa Pío IX para afirmar la verdad de la Iglesia contra los ‘errores del tiempo’. Definió la infalibilidad pontificia entre amplios debates y oposiciones. Este concilio, inacabado a causa de la guerra franco-alemana, afianzó el centralismo vaticano y supremacía del Papa dentro de la cristiandad, fundados en una eclesiología jerárquica.

El primer obispo de la diócesis de Vitoria, Diego Alguacil, natural de Córdoba, no asistió a este concilio por enfermedad, pero lo acogió con total adhesión, lo mismo que el clero y fieles. Eran tiempos de cristiandad dominante y el nuevo prelado afirmaba su línea conservadora en lo eclesiástico y españolista en lo político, continuada por los obispos siguientes, Sebastián Herrero (1877-1880), natural de Jerez de la Frontera, Mariano Miguel Gómez, (1880-1890), natural de Cervera de Pisuerga (Palencia) y el navarro Ramón Fernández Piérola (1890-1904).

De todas formas la afirmación religioso-católica de la cristiandad era compartida por la sociedad vasca rural y urbana. Ser vasco y católico tuvo una afirmada identificación: *Euskaldun-fededun, Jaugoikua ta Foruak*. ‘Nosotros para Euzkadi, Euzkadi para Dios’, afirmaba Sabino Arana. Las parroquias y conventos, ejercían un intenso control ideológico y moral, oponiéndose a todo cambio liberal. El catolicismo dominante se caracterizaba por su talante conservador y, a veces, integrista, que extendía la teología y eclesiología del concilio Vaticano I en una mentalidad eclesiástica en un determinado momento (Santol

Corazón, Cristo Rey, Papa-Rey, Soberano Pontífice...), controladas por el clero.

Ante la oleada anticlerical de finales del XIX, principios del XX y la progresiva proletarización tanto industrial como del mismo campesinado y la segunda república, la Iglesia vasca se caracterizó por su talante de cristiandad con un objetivo preferente: la inspiración cristiana de toda la sociedad desde el Estado confesional hasta el sindicalismo católico, pasando por la cultura, costumbres y relaciones sociales de todo tipo.

En la ideología eclesiástica se afianzaba un modelo de Iglesia, institución de origen divino, católica y romana, conforme a la doctrina del Vaticano I; bajo una autoridad papal monárquica y de un clero, centro absorbente de la comunidad cristiana. Desde esas posturas y convicciones pastorales no era fácil aceptar las tendencias modernas que abogaban por un País Vasco progresista propugnado por algunos significados ideólogos y escritores vascos, José de Arteche, José Ariztimuño, Alberto Onaindia, Policarpo Larrañaga quienes, influenciados por la línea de la revista *Esprit*, bajo la dirección de Emmanuel Mounier, promovieron un 'esprit nouveau' vasco desde un catolicismo comprometido socialmente. El mismo lehendakari José Antonio de Agirre trató de armonizar sus arraigadas convicciones religiosas con las libertades democráticas y socialismo.

Guerra civil, franquismo y catolicismo: pastoral de resistencia

La trágica e injusta contienda, que también enfrentó a los vascos, implicaba un alto componente religioso donde, dentro de un cristianismo conservador, se opusieron dos posiciones contrarias: quienes desde la religión imponían en las conciencias la dictadura y aquellos que, en nombre de la fe, defendían Euskal Herria. La jerarquía española bendecía la 'cruzada' y 'guerra santa' de Franco en su *Carta Colectiva del Episcopado Español* (1.7.1937), firmada por la casi unanimidad del episcopado, salvo Mateo Múgica, el cardenal de Tarragona, Vidal i Barraquer, y Javier Irastorza, obispo de Orihuela. El mismo obispo de Vitoria, exiliado en Roma, ya había denunciado "la destrucción por los nacionales de las villas de Durango, Guernica, Munguia, Galdacano, por espantosos bombardeos destructores e incendiarios" y "los planes de exterminio que el ejército nacional preparó desde su levantamiento contra todo los que fuese o le pareciese que era nacionalismo vasco y hasta su idioma o lenguaje".

Desterrado Múgica, el administrador apostólico, Francisco Javier Lauzurica, nombrado Administrador Apostólico de la Diócesis de Vitoria (1937-1943), declaraba en su primera pastoral: "Así mismo deseamos vuestra total incorporación al movimiento nacional, por ser defensor de los derechos de Dios, de la Iglesia Católica y de la Patria, que no es otra cosa que nuestra madre España" (septiembre, 1937). Y no dudaba en afirmar: "Soy un general más a las órdenes del Generalísimo para aplastar al nacionalismo".

Con el franquismo, el paroxismo religioso más extremo se plasmó en el 'nacionalcatolicismo', por supuesto sin lograr anular la identidad vasca que, con diversos modos contra prohibiciones y castigos, se expresaba en su literatura, lengua, religiosidad, a pesar de la intensa represión. En aquel duro periodo, el río religioso de aguas contaminadas ocultaba en su cauce las profundas corrientes y sedimentos míticos de una conciencia identitaria que afloraban en múltiples formas literarias y resistencias acalladas.

En este contexto de represión política y eclesiástica no hubo espacio visible para una reacción defensora del Pueblo Vasco, que se mantenía en la clandestinidad organizada con muchas dificultades y que, en medio del silencio, la oscuridad y persecución, buscaba otra comprensión de la religión, defensora de un Pueblo oprimido. La *Memoria dirigida a S.S.Pío XII por varios miembros del clero vasco* (25. 11.1944), junto a otros escritos²³,

eran sistemáticamente perseguidos y castigados.

Por otra parte la religiosidad de los seculares se caracterizaba por una elevada práctica sacramental y sumisa dependencia ante la autoridad eclesiástica. Las creencias en Dios y su Providencia, en Jesucristo, "Dios y hombre verdadero", en el temor al infierno y búsqueda de la salvación individual, dentro de una Iglesia de verdades indiscutibles y control moral, bajo la prepotencia de la jerarquía y del clero, eran la base de un cristianismo sin fisuras.

De todas formas, aunque una amplia mayoría comulgaba con esas ideas y creencias, hubo intentos y experiencias para superar el bloqueo y falta de libertades político-religiosas, como, por ejemplo, las 'Conversaciones Católicas Internacionales', promovidas por el intelectual donostiarra Carlos Santamaría, entre los años 1948 y 1955. También en 1956 surgieron al amparo institucional de la Iglesia las primeras ikastolas y emisoras euskaldunes (Arrate, Segura, Loiola, Arantza...). Se debe subrayar en estas décadas la creación e impulso del movimiento cooperativista en Arrasate, inspirado y promovido por el sacerdote José María Arizmendiarieta. Su repercusión en el desarrollo empresarial de la zona del Alto Deva le ha dado renombre mundial y continúa hoy su avance y extensión.

A partir de los años 60, la intolerancia ideológica oficial habían comenzado a resquebrajarse debido a factores culturales, políticos, sociales; también movimientos religiosos militantes como la HOAC, JOC, VOJ, Herri Gaztedi, incidieron en la crítica y posiciones contra el régimen imperante. El denominado *Escrito de 339 sacerdotes vascos* (1960), enviado a todos los obispos de España, al Nuncio y a la Secretaría de Estado del Vaticano con la relación de los firmantes en Nafarroa, Bizkaia, Gipuzkoa y Araba, inició un nuevo impulso en la denuncia por parte de un sector del clero de la situación tanto social como política y nacional de Euskadi.

También las divisiones del nacionalismo vasco ante la situación represiva, la emergencia de ETA, las luchas sociolaborales, repercutieron de diferente manera dentro de la Iglesia vasca en el clero y laicado. Se inició una inflexión cualitativa expresada en una nueva posición dentro de la Iglesia orientada a liberar al Pueblo y defender sus derechos por las vías de la justicia y del anuncio comprometido de un evangelio leído desde esos nuevos análisis y praxis y alentada por el nuevo concilio.

A partir del concilio Vaticano II: nuevos contextos y pluralidad religiosa

Este decisivo acontecimiento (1963-1965) para la Iglesia católica al que asistieron todos los obispos de la Iglesia vasca, tuvo diferentes recepciones. Se asumieron en amplios sectores nuevas líneas pastorales renovadoras del modelo eclesial como 'pueblo de Dios' y comprometidas, desde los 'signos de los tiempos', con los derechos de los trabajadores, en la búsqueda de la paz desde la justicia para Euskal Herria, con su cultura, lengua, libertad de expresión, defendidas por A. Añoberos, obispo de Bilbao, en una homilía²⁴ que provocó la crispación del gobierno franquista que estuvo a punto de enviarle al destierro.

Bajo el impulso liberador conciliar se multiplicaron acciones de protesta y denuncia contra la represión tanto política como social del Pueblo Vasco, como reclamó el escrito de sesenta sacerdotes, encerrados en noviembre de 1968 en el Seminario de Derio (*Gure Aita Santu agurgarri Paulo VI-garrenari Bizkaiko abade Euskaldun-talde batek*) y 488 sacerdotes guipuzcoanos ante el estado de excepción en marzo de 1969, exigiendo "una Iglesia que pueda, con libertad, proclamar y defender los derechos inalienables de la persona y de los pueblos". La huelga de hambre de un grupo de cinco curas de la diócesis

²⁴ "El cristianismo, mensaje de salvación para los pueblos", texto firmado por el obispo de Bilbao, leído en las

de Bilbao (mayo, 1969) en su obispado contra la represión política y silencio cómplice jerárquico, y su posterior condena, junto con otros, en la cárcel de Zamora fue un testimonio rotundo de aquella situación.

Los seglares más sensibilizados compartían las luchas obreras y rurales, organizados en movimientos cristianos. Algunos militantes más radicalizados evolucionaron hacia formas diversas de vivir fe y pertenencia eclesial crítica; otros abandonaron su militancia eclesial y se integraron en otras formas de compromiso político y lucha. La sociedad vasca, hasta hace no muchos años integrada en una tradicional religiosidad, se abrió a una amplia pluralidad secular y laica y experimentó un creciente descenso de prácticas religiosas y adhesión a la Iglesia.

En la nueva línea eclesial, promovida por el Vaticano II, se realizaron numerosas denuncias en homilias y documentos ante los conflictos políticos y socioeconómicos. Expresión de ello fue la *Declaración de 1055 sacerdotes vascos / 1055 euskaldun apaizen agiria* (1976), con motivo de los graves acontecimientos del 3 de marzo en Gasteiz donde cinco obreros fueron asesinados por la policía. Aunque ya había habido posturas claras en defensa de los derechos de los trabajadores en la diócesis de Vitoria, aquellos hechos impulsaron el compromiso de un sector del clero en favor de Euskal Herria, del euskera, del mundo obrero, de presos, deportados y exiliados políticos vascos.

Durante la transición política (1975-1982) y en los años posteriores hasta hoy, la Iglesia en Euskal Herria ha vivido una trayectoria compleja. La nueva situación permitió desbloquear determinadas relaciones Iglesia-Estado, sobre todo en lo referente al nombramiento de obispos vascos quienes tuvieron intervenciones valientes y polémicas; reclamaron "la concesión de una amplia y generosa amnistía, junto con la renuncia a la violencia armada como vía de consecución de las reivindicaciones sociales o políticas". Ante las acciones violentas de ETA condenaron el terrorismo, la tortura y toda violencia. Denunciaron el "hecho concreto de los presos de ETA... a los que se les mantiene alejados de sus domicilios mientras en las prisiones de nuestras diócesis se interna a penados que tiene lejos de aquí su lugar de residencia"(1997). La Carta pastoral de los obispos de Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Preparar la paz* (2002), tuvo un impacto importante y positivo en la sociedad vasca en medio de los ataques de políticos y medios españoles.

Se debe subrayar, en especial, el trabajo de José María Setién, obispo de Donostia, quien buscó soluciones, con incansable tesón, desde su pensamiento ético-cristiano y responsabilidad pastoral para caminar hacia "la paz en la justicia" desde el respeto de todos los derechos humanos y de "la identidad cultural del pueblo, artificial, injusta y agresivamente vulnerada... por motivaciones políticas o económicas"²⁵.

Los *Secretariados Sociales Diocesanos* realizaron una amplia tarea concienciadora. Las *Comunidades Cristianas Populares*, iniciadas entre los años 75-80 en Euskal Herria y la *Coordinadora de Sacerdotes* (de Iparralde y Hegoalde), organizada a partir de 1976, definían sus opciones y llevaban a cabo su acción evangelizadora desde una fe e Iglesia liberadoras en favor del Pueblo Vasco y la clase trabajadora, por los pobres y los derechos de los presos. Como órgano de expresión nació la revista *Herria 2000 Eliza* (1978).

Ante la memoria de las víctimas, causadas por la guerra civil, muchas de ellas -en especial del bando perdedor- olvidadas, fue ejemplar el esfuerzo de varios pueblos navarros para dignificar a miles de fusilados enterrados en fosas comunes. Los obispos de Bilbao, San Sebastián y Vitoria, en Nota de prensa titulada *Purificar la memoria, servir a la verdad, pedir perdón*(2009), expresaban su voluntad de "cumplir el deber pendiente... ante los catorce sacerdotes ejecutados en los años 1936 y 1937 por quienes vencieron en aquella contienda". Querían contribuir "a la dignificación de quienes han sido olvidados o

²⁵ SETIEN, J.M. *Obras completas*, San Sebastián, Idatz, I, 1997. II, 2005. III, 2005.

excluidos y a mitigar el dolor de sus familiares y allegados". En el funeral conjunto celebrado el 11 de junio de 2009, para recordarles, junto a "centenares de personas ejecutadas, víctimas de odios y venganzas", el obispo de Vitoria "pedía perdón a Dios y a nuestros hermanos ante el largo silencio de la Iglesia". Quedan pendientes, sin embargo, el reconocimiento y perdón por el otro silencio cómplice y colaboración con la dictadura por parte de la jerarquía eclesiástica vasca durante aquellos años.

Hoy, a los 50 años del inicio del concilio Vaticano II (1962), las tendencias de la alta jerarquía romana y el peso de la línea conservadora, resistente a las innovaciones de aquella asamblea católica y con gran influencia y control eclesiásticos, se dejan sentir en toda la Iglesia vasca. Prueba clara de esta estrategia restauracionista fue la designación del obispo para la diócesis de San Sebastián, José Ignacio Munilla (enero 2010), a pesar de la razonada oposición de un significativo número de laicos y sacerdotes. A esta misma línea respondía la designación (agosto 2010) de Mario Izeta, como obispo de Bilbao y el continuismo pastoral de la diócesis de Vitoria.

En el delta de la secularidad: religión y mitos laicos

La observación y reflexión sobre las corrientes evolutivas actuales de la religión en Euskal Herria nos conducen a una conclusión clara. La sociedad vasca ya no es religiosa. Su imaginario grupal y social, su cultura simbólica son plurales y diversificados; también enfrentados y conflictivos. En la época reciente desembocamos en una especie de delta, donde lo religioso es un cauce más, entre otros, en una cultura laica dentro de nuestra sociedad plural. En esta nueva situación se descubre un nuevo paradigma religioso de características divergentes donde carecen ya de sentido los parámetros eclesiásticos dogmáticos y uniformes. El horizonte de su experiencia moderna y postmoderna ha cambiado. Se abre a perspectivas nuevas y a otras, ocultas en el substrato de nuestra identidad dentro del diversificado y complejo contexto actual de Euskal Herria en un mundo globalizado. Se han transformado los cauces del río religioso y se han abierto otros, alimentados por distintos afluentes.

¿Encierran algún tipo de relación con los viejos mitos y símbolos que caracterizaron y originaron la religión de los vascos? Se ha dado un paso decisivo de los más primitivos símbolos y mitos vascos identitarios -en otras épocas, de probado sentido religioso- a otros culturalmente asumidos desde una conciencia colectiva plural y laica. Se centran en torno al concepto simbólico de Euskal Herria como realidad colectiva humana con una cultura diferenciada, lengua y tradición histórica. Los mitos renovados de Euskal Herria afirman y defienden también hoy su territorio geográfico e histórico, su *Ama lur*, su entorno ecológico, su originalidad y personalidad. Junto a esta dimensión cultural, se afirman los derechos colectivos históricos de Euskal Herria, nación soberana que ha sido 'minorizada' por la falta de reconocimiento y ejercicio de tales derechos. Se trata, sin duda, del afianzamiento de la conciencia identitaria vasca, reelaborada en las últimas décadas y que implica un salto cualitativo en su cultura y en su autoafirmación dentro de los profundos cambios que hoy día se dan a niveles globales. Nuestros actuales escritores y poetas euskaldunes son quienes mejor han intuido y conseguido expresar los nuevos interrogantes planteados y la búsqueda de esa identidad en evolución.

Sin embargo en este contexto nuevo laico y secular, la referencia religiosa no ha desaparecido. Aun persistiendo modelos restauracionistas y formas conservadoras, la religión se ha transformado y ha adquirido formas, expresiones, compromisos nuevos y liberadores donde, como afirma Paulo Agirrebaltzategi²⁶, "...ez 'Euskaldun fededun', ez

‘Jainkoa eta Lege Zaharra’ dira Eliz eta erlijio eredu horren goiburu, ‘Jainkoa eta pobreak’ (=zapalduak, baztertuak) baino”.

El río religioso continúa fluyendo en nuestra *Ama Lur*. Ahora de maneras diversas y plurales. Los mitos básicos subsisten en su lengua, en su territorio, en su conciencia de identidad, en su tierra, alimentando con sus aguas la libertad y la justicia en Euskal Herria. Por ello concluyo con el deseo e intención de una religión en la que podemos dialogar y colaborar en un mundo secular, laico y plural creyentes y no creyentes en la común afirmación y realización de nuestra identidad vasca.